

---

*Gloria de la Fuente Blanco\**

---

*Las jóvenes rurales en la  
encrucijada del cambio  
(el caso castellano)*

El estudio que aquí presento se basa en una investigación realizada durante los años 1981 y 1982 sobre la evolución y cambios en el estilo de vida y mentalidad de las mujeres rurales. El área geográfica escogida fue la Cuenca del Duero y dentro de ella la provincia de Valladolid, en uno de cuyos pueblos se realizó un trabajo de campo típicamente antropológico (1). La técnica de trabajo de campo en una sola comunidad reduce lógicamente la variedad de situaciones a estudiar, pero ofrece la ventaja de posibilitar un conocimiento exhaustivo y profundo de la dimensión mental de una determinada problemática.

La comunidad castellana a la que pertenece el colectivo juvenil estudiado se caracteriza, en primer lugar, por haber sufrido un proceso de transformación intenso en los últimos 25 años. En conjunto se puede hablar de un proceso de mo-

---

\* Socióloga.

(1) Este artículo es una parte elaborada de lo que originalmente fue mi memoria de licenciatura presentada en 1982 y dirigida por Víctor Pérez Díaz. El trabajo de campo se realizó entre los meses de junio y septiembre de 1981.

La comunidad estudiada en dicho período es un pueblo de pequeño tamaño, 500 habitantes, y de carácter eminentemente agrícola, pues de la agricultura vive más del 80 % de su población activa. La integración en el colectivo se realizó a partir de la convivencia con una familia típica —medianos labradores— y la información se recogió mediante observación participante y mediante largas entrevistas que fueron grabadas con mujeres de distintas edades y condición social. En total se ha obtenido información directa por la observación y/o convivencia y/o entrevistas sobre aproximadamente la mitad de la población femenina —115 mujeres de un total de 250.

— Agricultura y Sociedad n.º 42 (Enero-Marzo 1987)

dernización de las explotaciones agrícolas que se han mecanizado y racionalizado, y de las formas y estilos de vida, con la reducción de los pesados trabajos manuales, con el equipamiento de los hogares y la incorporación general de consumos típicamente urbanos. El aumento general de los tamaños de explotación junto con el alza de los salarios agrícolas han producido una relativa homogeneización de dicho estilo de vida. Si bien son los medianos y grandes propietarios, labradores prósperos y modernos —en buena parte sin asalariados— los que marcan la pauta en este sentido como modelo social y moral que son de la comunidad (2).

El área estudiada y en general la provincia de Valladolid se caracteriza también por su alto nivel de vida —el mayor nivel de renta familiar de las provincias castellanas junto con León (3)—, lo que se refleja no sólo en el alto volumen de inversiones de las explotaciones agrícolas, sino también en el buen equipamiento de los hogares. La existencia de posibilidades económicas unido al alto interés que la población rural mantiene respecto a la cultura formal (4) ha impulsado los estudios de carreras superiores entre los hijos de familias labradoras.

En lo que respecta al colectivo femenino, este proceso de transformación ha definido un abanico de posibilidades nuevo. Por una parte, la mecanización ha liberado a la mujer de las tareas agrícolas en las que tradicionalmente colaboraba; mientras que la complejización de la gestión de la explotación agrícola abre la posibilidad de un nuevo papel femenino en la agricultura. El equipamiento en los hogares permite la irrupción del ocio y de estilos de vida asimilables a los de la mujer tradicional de clase media urbana. Al mismo tiempo, el énfase

---

(2) La mayoría de los agricultores, que constituyen el 56 % de la población activa, poseían en 1982 explotaciones entre 50 y 100 hectáreas, sólo una exigua minoría tenía propiedades muy superiores —más de 500 hectáreas— o mantenía haciendas inferiores a las 50 hectáreas. Los obreros agrícolas, que completan el 80 % del sector agrario de la comunidad, son en su mayoría empleados fijos.

(3) Cfr. Informe del Banco de Bilbao sobre la Renta Nacional de España 1979.

(4) Este parece ser un rasgo cultural típico de los agricultores de Cuenca del Duero, tal y como señala Víctor Pérez Díaz en su estudio sobre «Los Nuevos Agricultores», *Papeles de Economía* n.º 19, 1983.

---

sis en el estudio de carreras profesionales ofrece a la mujer de este medio castellano la posibilidad de rechazar los límites de la comunidad rural por otras vías distintas a las tradicionales —emigración no cualificada y matrimonio—.

Frente a esta gama de posibilidades la opción mayoritaria femenina es el rechazo de cualquier relación con la actividad agrícola y la tendencia al abandono del medio rural. Esto tiene un corolario grave que es el celibato masculino y la influencia que éste pueda tener en el porvenir y continuidad de la explotación familiar. Este colectivo castellano plantea, pues, un problema que parece ser, en mayor o menor grado, común a la mayoría de las comunidades rurales españolas, de ahí el interés de un análisis (5).

El relativo rechazo y distanciamiento del medio rural o específicamente agrícola de la mayoría de las jóvenes se produce por diferentes razones y por distintos medios: las jóvenes procedentes de un medio obrero optan por la emigración buscando una mejora de su situación económica y quizá también la apertura del abanico de sus opciones matrimoniales; las chicas de familias labradoras proyectan, en muchos casos, un futuro profesional que les brinda sus estudios superiores y en general buscan un ideal masculino y un tipo de relación y de estilo de vida que difícilmente se ajusta a los que le puede ofrecer el varón, futuro agricultor. El resultado es la mayoría abrumadora de jóvenes de los dos sexos que permanecen solteros y que, más aún, no tiene ningún tipo de relación de noviazgo.

Parece que, efectivamente, las chicas han renovado en mucha mayor medida que los chicos sus modos de actuar y pensar, que continúan estudios en mayor proporción y que parecen más dispuestas a abandonar el medio rural, aunque sus posibilidades de trabajo no sean, desde luego, mayores que las de ellos. Se puede decir, por tanto, que una de las

---

(5) En el estudio efectuado sobre la juventud rural por J. J. González *et al.* sobre una muestra nacional de jóvenes entre 15 y 30 años, se observa que un 76 % de los varones y un 61 % de las chicas, comprendidos en estas edades, no tienen relación de noviazgo. *Estudio de base sobre la Juventud Rural*, 1984, J. J. Gónzales...

---

principales características de estas jóvenes rurales es su grado de dinamismo, su «plasticidad» cultural y su capacidad para modificar sus hábitos tradicionales y adaptarse a nuevas situaciones y nuevos medios. Todo ello contrasta poderosamente con la situación de los varones, reacios en muchos casos a desarrollar estudios superiores, poco entusiastas a iniciar aventuras migratorias o de cambio de trabajo, mostrándose claramente inhibidos en el trato con las chicas y contrarios a cualquier tipo de modificación o innovación en las formas tradicionales de dicho trato. Uno de los objetivos de este trabajo es, precisamente, intentar desvelar las causas y/o los orígenes de esta diferente situación y actitudes de hombres y mujeres, las claves culturales tradicionales entre los distintos sexos en la sociedad rural y los problemas que conlleva su modificación o transformación al compás de los nuevos tiempos.

Todos estos fenómenos descritos no son exclusivos de la sociedad rural española, aparecen también con rasgos muy similares en el medio rural francés. En un trabajo ya clásico (6), P. Bourdieu estudia una sociedad rural en proceso de transformación —Bréarn, a comienzos de la década de los 60—, en ella observa la preocupante aparición de un nuevo tipo de soltería que no corresponde a los patrones clásicos —hijos menores «cadets» e hijos de obreros agrícolas—, sino que afecta también a los herederos y futuros jefes de explotación.

Los «nuevos solteros» son el resultado de dos fenómenos inscritos en el corazón del sistema de valores rurales: 1) Las tradicionales reglas de la alianza matrimonial que limitan las probabilidades de elección de pareja a los jóvenes con una posición social equivalente —propietarios—, aunque no necesariamente idéntica. 2) Sobre esta regla limitativa opera además el rechazo de las jóvenes con un cierto *status* social, al matrimonio con un futuro agricultor. Las chicas han sido muy receptivas a los ideales urbanos de hombre y de relación de pareja —camaradería, amor romántico— y su ideal mascu-

---

(6) «Celibat et condition paysanne», Pierre Bourdieu, *Etudes Rurales*, 1963.

---

lino ya no es el del «buen agricultor». Por otra parte, su menor vinculación a la tierra —pues, excepto en casos extremos, no son herederas del patrimonio— junto con su mayor capacidad para los cambios conlleva que sea también mayor el nivel de emigración femenina, por matrimonio o trabajo.

En última instancia, para Bourdieu hay un problema de desajuste entre los sexos. Ellas son mucho más flexibles y permeables a la introducción de nuevos valores y costumbres que ellos. Por eso, los varones rurales entrenados y educados en unas rígidas normas se ven ahora desplazados e inadaptados en las nuevas formas de relación que implican los bailes modernos y los mayores niveles de igualdad y/o camaradería. Hasta aquí las similitudes entre el caso francés y el aquí expuesto no pueden ser mayores. Sin embargo, la conclusión del sociólogo francés es que la sociedad rural francesa se encuentra en un proceso de doble crisis, primero porque se resquebrajan sus formas de vida tradicionales con las oleadas de emigración y la introducción de valores urbanos —uno de los síntomas más importantes es la decadencia de la autoridad familiar paterna—; segundo porque la propia sociedad rural genera sistemas de normas que actúan en contra de los propios sujetos que son los «encargados» de reproducirla: los varones herederos del patrimonio familiar.

Esta conclusión es producto del esquema teórico estructuralista que subyace en su trabajo, el cual influye en los análisis y en las posibles hipótesis a plantear. En dicho esquema, los sujetos actúan siguiendo las normas que las sociedades han desarrollado (7) o, en última instancia, asumen los sistemas de valores procedentes de otras sociedades. Los cambios culturales deben plantearse en términos de la sustitución de un sistema por otro, dado que el actor individual no cumple ningún papel activo, simplemente es un portador, un asimilador de normas o reglas. De ahí que el análisis de Bourdieu plantee un dilema: mujeres rurales que asumen valores urbanos, varones

---

(7) Cuyo sentido último no es por otra parte sino la conservación o reproducción de las propias sociedades; así ocurre en la sociedad rural donde todo el sistema de normas que rige las relaciones sociales responde a la lógica del mantenimiento del patrimonio familiar.

---

rurales «incapaces» de relacionarse con estas mujeres, porque precisamente actúan según los moldes aprendidos de su propia cultura.

En mi opinión, y según la interpretación que yo pude efectuar mediante la observación participante de este colectivo, los sujetos manipulan los valores, los que aprendieron en su educación y los nuevos que conocen por otros medios. Lo que parece que ocurre es que los sujetos adoptan valores e ideas nuevas en función de sus intereses u objetivos últimos y que adaptan/transforman sus valores tradicionales en virtud de nuevas necesidades y en contacto con esos nuevos valores. El proceso real, por tanto, parece más complicado. No es simplemente la asunción o adopción de nuevos valores sino que esa adopción está tamizada por los valores tradicionales, y que, a su vez y por otra parte, los actores sociales pueden reaccionar si los valores y pautas de comportamiento tradicionales no «funcionan» ya en el nuevo medio en el que se desenvuelven. El caso rural francés ha demostrado, con el paso del tiempo, la relativa versatilidad de estos procesos: un nuevo tipo de mujer rural ha hecho su aparición, la mujer con vocación agrícola que replantea su lugar tradicional en el hogar para reclamar un protagonismo en el nuevo tipo de actividad agrícola. Parece también que al menos parte de los jóvenes han flexibilizado el campo de sus opciones matrimoniales y tienden a casarse con mujeres de origen y actividad no relacionada con la agricultura (8).

No se trata «solamente» de que las sociedades activen nuevos mecanismos de reproducción, sino que hombres y mujeres crean, ponen en acción nuevas soluciones ante problemas nuevos. El caso castellano, como pretendo exponer ahora, viene a demostrar que, si bien los retos económicos y tecnológicos han sido afrontados con cierto éxito, aún quedan grandes cuestiones sociales y culturales que sus hombres y mujeres deben resolver. En este trabajo, se pretende exponer cuáles son las limitaciones y las posibilidades de las que parten.

---

(8) Véase, por ejemplo, *Famille Travail et Agriculture*, de A. Barthez. París, 1983.

---

## 1. «PATTERNS» SOCIALES Y CULTURALES QUE HAN REGIDO LA VIDA DE LAS JOVENES HASTA EL GRAN CAMBIO DE LOS AÑOS 60-70

Hace 30, 40, 50 años, la vida de las muchachas que alcanzaban la mocedad dependía de cuál fuera su ubicación social. Si nacían entre las escasas familias de grandes propietarios, eran educadas para convertirse en una «señorita». Algunas de ellas eran enviadas a colegios donde aprendían labores delicadas, piano, pintura...; otras, la mayoría, se educaban en casa y aprendían con el contacto familiar las cualidades y atributos específicos del «ser señorita», la finura de modales y compostura, el orgullo propio de su condición. No tenían necesidad de realizar, ni hubiera sido adecuado que lo hicieran, tareas domésticas y repartían su tiempo entre las oraciones, misas y rosarios, el bordado y los círculos amistosos abiertos exclusivamente a muchachas con su mismo *status* social.

La joven que nacía en familias con «un medio de vida» —unas pocas tierras o un pequeño rebaño— iba a llevar una vida muy diferente. En estos casos, la incorporación a tareas remuneradas y a las ayudas domésticas era muy temprana. El trabajo por excelencia era el de sirvienta, en las casas de las grandes haciendas del pueblo. Si la muchacha no se ponía a servir entonces, trabajaría en las labores del campo, especialmente femeninas. Estas labores eran temporales, pero variadas: escardar en abril y mayo, arrancar legumbres en junio, segar a mano y «atropar» los montones de espigas recolectadas en julio y agosto, barrer los solares de las eras y vendimiar en septiembre. En algunos casos trabajaba como jornalera o como ayuda familiar en su casa o en la de algún familiar. Su vida era, desde luego, más laboriosa y dura que la de la joven «señorita», pero a cambio gozaba de ciertas ventajas. Si su trabajo era remunerado, gozaba de independencia económica reconocida y podía invertir sus ingresos, principalmente en vestirse —a imagen y semejanza estéticamente de la señorita—, e incluso ir haciéndose el ajuar.

Había, por último, un tercer tipo de muchachas pertenecientes a familias sin bienes, que vivían exclusivamente «del

---

campo». En estos casos, a menos que el cabeza de familia fuera «obrero de año» —lo menos probable—, la joven se incorporaba desde bien niña a una dura lucha por la existencia y en colaboración con su madre y hermanos se veía abocada a realizar los más diversos trabajos. Desde servir y limpiar en las casas, hasta trabajar como jornalera, pasando por «espigar» —recoger por los campos las espigas que quedaban abandonadas—; sus labores ayudaban a la familia a *sobrevivir* los largos meses de invierno sin trabajo.

En el pasado, la vida de la joven rural estaba marcada por una norma fundamental que ella había podido aprender ya desde niña: la segregación de los sexos en todos los órdenes de la vida familiar y social. A la división de tareas propias de cada sexo se unía la división espacial que adjudicaba a la mujer la casa como espacio central y le prohibía el acceso a lugares públicos y masculinos como el bar. No sólo en la vida cotidiana, también en los rituales y ceremonias y en la iglesia, hombres y mujeres ocupaban lugares y mantenían roles siempre diferentes. Unida a la división sexual, por último, había espacios y roles privilegio de los varones como el bar, la pertenencia a la cofradía religiosa del patrón o la organización de las peñas en la fiesta patronal.

La existencia cotidiana de la joven, fuera de sus obligaciones domésticas o laborales, discurría entre las tertulias con vecinas y amigas y la asistencia a cultos litúrgicos —el rosario diario y la misa dominical— o las actividades como cofrade, en especial de la Asociación de Hijas de María, núcleo religioso principal de las jóvenes solteras. Las prácticas religiosas tenían gran importancia en la vida de la joven. La Virgen María era el sujeto central de su religiosidad, modelo y figura de referencia con el que las jóvenes aprendían desde muy jovencitas una relación de identificación. Se aspiraba a ser como la Virgen, no como un imperativo abstracto, sino como un deseo de emulación de una figura cercana y amistosa (9).

---

(9) El modo de vida que estoy exponiendo no es aplicable por igual a todas las jóvenes. Se trata más bien del «modelo», el «ideal» más extensible a los medios de *status* alto y medio que a las jóvenes jornaleras o pobres.



Se puede decir que la experiencia religiosa estaba indisolublemente unida a una parte fundamental del ocio y recreo femenino de entonces, e incluso a sus relaciones con el hombre. Así debía ser, puesto que ella salía de casa sólo en ocasión de los oficios religiosos y esto le daba su única oportunidad para pasear por el pueblo. Más aún, cuando la muchacha establecía relaciones de noviazgo, era un hecho frecuente que pasara los domingos con su novio hasta alguna ermita donde estuviera la Virgen (10), o que tomaran como punto de encuentro en sus salidas la puerta de la iglesia.

Aunque la sociedad rural castellana es una sociedad bastante igualitaria, esto no significa que la relación entre los sexos haya sido y sea de compañerismo. La separación sexual en todos los «espacios» públicos simboliza y recuerda a cada paso que hombres y mujeres se conciben como *mundos distintos*, con personalidades, tareas y áreas de interés diferentes e independientes. Planteado en estos términos, es una relación entre *desconocidos* que contendrá, en grados variables, miedo, indiferencia, desprecio.

Desde la niñez se alentaba y se alienta en las muchachas el desarrollo de los afectos hacia otras mujeres —las amigas, la Virgen misma— mientras se crean limitaciones y barreras a las relaciones con los hombres. A ellos se les educa bajo el estereotipo de que son más «brutos» y mucho menos cariñosos que las niñas (11), y se les enseña a identificar su área de diversiones y esparcimiento con su grupo de amigos. Un área común de interés sólo es concebible dentro del matrimonio, de la familia, donde hay una hacienda común que mantener y unos hijos comunes. En las muchachas la relación con el varón está condicionada y limitada por la necesidad de conservar su integridad moral, que es su principal valor a los ojos de la comunidad. El miedo y la desconfianza son los sentimientos dominantes en los primeros encuentros y contactos,

---

(10) «¡Tenías la ilusión de ir a ver a la Virgen!», me decía una mujer recordando esos paseos.

(11) Es una idea corriente en la crianza. Aun siendo un hecho poco frecuente las expresiones físicas de cariño, las madres se *explayan* con las niñas, porque los niños, ya se sabe, «te acercas y te dan un sofión».

pues el sexo masculino es fuente y ocasión de peligro. Coherentemente con ello también, las chicas aprenden una relación de distanciamiento y autocontrol respecto a su cuerpo y sus posibles pasiones.

El caso de los muchachos es distinto. La atención social se concentra en las cualidades que habrá de tener como hijo heredero y futuro agricultor —respetuoso, trabajador, honrado— y su valor moral ha de demostrarse en este terreno y no, desde luego, en el de la relación sexual. V. Pérez Díaz ha descrito en un trabajo sobre la vida sexual rural (12) la visión masculina rural de la mujer y la actitud básica que prima en sus relaciones con ella. Parece que los jóvenes rurales tienen una imagen genérica de la mujer, que prima sobre la personalidad individual. Esto es «lógico» en un medio en el que los contactos son tan escasos y controlados y en el que las relaciones se guían, por tanto, por una serie de normas generales como son la equivalencia social necesaria y las cualidades genéricas que unos y otras buscan en la pareja —integridad moral, recato y laboriosidad, honradez y un medio de vida, respectivamente.

En una sociedad en la que la posibilidad de comunicación entre los sexos es muy limitada y donde la actividad sexual está severamente controlada y ligada incluso a la idea de pecado y acto «degradante», los varones ven a la mujer como a un objeto que hay que manipular para obtener el placer buscado. Esta actitud utilitarista es conocida por las jóvenes que deben evitar entonces cualquier relación que no tenga por fin reconocido el noviazgo.

En el pasado los bailes —ya fuera el dominical, o los organizados con motivo de las fiestas patronales— eran el punto de encuentro entre hombres y mujeres, el lugar donde se cultivaban las relaciones que hacían posibles los futuros matrimonios. De manera muy genérica, ya he dicho que las

---

(12) «Vida sexual y sociedad rural», en *Pueblos y Clases sociales en el campo español*, V. Pérez Díaz, 1974. El estudio se refiere a jóvenes entre 17 y 20 años de un pueblo de la provincia de Guadalajara en los años 60. Sus conclusiones son perfectamente vigentes y aplicables a los jóvenes muchachos de Tierra de Campos de los años 80.

únicas barreras que se alzaban en el baile eran las sociales; había que buscar parejas más o menos equivalentes en cuanto a situación social (13). No obstante, las posibilidades de elección se ampliaban si tenemos en cuenta que a cada fiesta patronal acudían jóvenes de todos los pueblos cercanos. Así se explica que en buena parte de los matrimonios censados en la comunidad, uno de los cónyuges —suele ser la mujer— haya nacido en algún pueblo de los alrededores. Las relaciones de noviazgo eran y son el único cauce en el que se toleraban y toleran algún tipo de relación erótica. De hecho, siempre se presume algún tipo de relación sexual —sobre todo en los noviazgos avanzados—, por eso la mujer se juega su reputación en el mantenimiento del noviazgo, ya que su ruptura dejaría en entredicho su reputación moral de cara a una nueva relación. El varón se encuentra, pues, de alguna manera, en una posición ventajosa respecto a la mujer. Con todo esto no quiero decir que no haya lugar para una relación amorosa, simplemente planteo los límites que se imponen culturalmente a los intereses afectivos y eróticos de uno y otro sexo.

Excepto en algunos casos muy determinados (14), tras el matrimonio la mujer pasaba a integrarse en la familia del marido, siendo la convivencia con los padres el hecho más general. Por tanto, había —y hay todavía en muchos casos— un período del ciclo matrimonial rural en el cual la joven pareja vive bajo la autoridad aparente o real de los padres del marido. Dejando de lado esta situación de convivencia entre dos parejas de diferente edad y *status* y tomando como modelo de análisis a las parejas que viven ya independientemente, se puede decir que en la relación tradicional hay establecidas las siguientes «reglas de juego». En primer lugar, la mujer adquiere un conjunto de responsabilidades como ama de casa que constituye su esfera de autoridad propia e independiente del marido. Se considera que una de sus obligaciones es la de

---

(13) De hecho, los «señoritos» tenían un salón de baile particular, exclusivamente para los jóvenes de buena posición. Los matrimonios entre jóvenes de distinto *status* eran mal vistos, especialmente si era el hombre el elemento más bajo de la escala social.

(14) Si la mujer es la heredera de la hacienda familiar, es posible que entonces la pareja vaya a vivir con los padres de ella.

asistencia constante y ayuda al marido y todo lo referente al trabajo de la explotación familiar. Por otra parte, la pareja es el medio por excelencia en el que se discuten, planifican y deciden los asuntos relativos a la explotación agrícola, así la mujer participa de forma activa en la gestión del patrimonio familiar. El varón es el depositario de la autoridad familiar y su representante ante la sociedad, pero en la práctica él se ocupa de sus estrictas obligaciones agrícolas y tiende a dejar los demás «asuntos» —incluida la educación de los hijos— en manos de la mujer, como un signo más de las obligaciones que la mujer tiene respecto a él.

En el matrimonio se mantienen las reglas de segregación sexual vigentes para la soltería. El hombre sigue manteniendo sus privilegios y espacios exclusivos —el bar, la frecuentación de la calle, el grupo de amigos con los que compartir los ratos de descanso—. Las obligaciones domésticas y en primer lugar los hijos aumentan el «constreñimiento» de la mujer a la casa y sólo el cumplimiento de las obligaciones religiosas y las charlas con las amigas y vecinas pueden «sacarla» de su quehacer diario.

De un modo general y teniendo en cuenta la válvula de escape que ha supuesto siempre la emigración, se puede decir que tal esquema de relaciones ha funcionado. El índice más simple, pero significativo, es la tasa de soltería que entre los hombres y mujeres mayores de 40 años es menos del 10 %. Pero quizá lo más importante haya sido la especie de pacto implícito que entre hombre y mujer se ha establecido en esta pareja rural tradicional, que compensa y satisface a unos y otras. Hay una aceptación masculina de un control e intromisión sobre sus asuntos y responsabilidades, siempre que no se haga de forma pública, ni se discutan por parte femenina sus privilegios y autoridad y, viceversa, la mujer acepta y proclama la autoridad y omniresponsabilidad del varón, aunque en la vida cotidiana y privada se considere prácticamente con igual derecho a decidir sobre los asuntos que conciernen a la familia.

## 2. LA SITUACION ACTUAL Y EL PROTAGONISMO DE LAS JOVENES ESTUDIANTES

Hoy en día, el destino y las posibilidades vitales de las jóvenes rurales varían también según el grupo social, pero como efecto del proceso de homogeneización del que se habló al principio, las diferencias no son tan radicales como en el pasado. Las diferencias hoy no residen sólo en la necesidad o no de trabajar, sino en lo que culturalmente se ha convertido en más importante para el colectivo: *la posibilidad o no de realizar estudios superiores*.

«Dar estudios a los hijos» se ha convertido en estos últimos 20 años en uno de los objetivos de las familias de condición labradora y, por diversas razones, este proyecto educativo ha «calado» especialmente entre las muchachas. Efectivamente, en el caso de las familias de labradores o ganaderos o con *status* social elevado (funcionarios), las muchachas que cursan estudios (BUP, Universidad y otros estudios medios) son una abrumadora mayoría, un 80 % —21 chicas—, frente a los muchachos, que sólo lo hacen un 43 % de los casos —en total 15 chicos— (15).

En el caso de las jóvenes de familia obrera, sus ocupaciones difieren según la situación económica de la familia y su estrategia social. Aquellas familias con aspiraciones de ascenso social —bien sea económicamente o en prestigio y respetabilidad, al menos— y con unas condiciones económicas lo suficientemente prósperas como para ello, tratan de emular a las clases propietarias y se dedican a dar estudios a los hijos. En este caso también son las muchachas las que más estudian (16). Entre estas familias se sigue manteniendo la tradición de que las jóvenes busquen trabajo remunerado y así lo hacen en los períodos de vacaciones.

(15) En el conjunto de la población estudiante, las chicas representan un 40 % más que los varones (28 sobre 20).

(16) Casi un 30 % de las hijas de estas familias están cursando estudios superiores a los primarios —7 muchachas de 24 en total—. El porcentaje de los chicos desciende a un 14 % —5 de 36—.

---

Otro tipo de familias, sin embargo, se comporta más de acuerdo con sus necesidades económicas y con su tradición de clase, y las hijas se incorporan rápidamente a distintos trabajos. La escasez de puestos de trabajo para la mujer, en una comunidad de este tipo —tan sólo algunos servicios, como los telefónicos o los comercios—, provoca que muchas jóvenes emigren a la ciudad en busca de ocupaciones, que suelen ser, dada su mala preparación en otros terrenos que no sea el doméstico, las de empleada de hogar. Según sean las necesidades familiares, la joven deberá aportar a la familia más o menos del total de sus ingresos, pero en cualquier caso siempre gozará de una independencia económica que la beneficiará.

Las jóvenes estudiantes, hijas de agricultores medianos y grandes, constituyen el *grupo prototípico*. Son ellas las que, en los últimos años, han iniciado un cambio en el estilo de vida y en las costumbres y mentalidad femenina de esa edad. Ellas han marcado la pauta y constituyen el modelo a seguir e imitar por el resto de las jóvenes. Dentro de este grupo se deben distinguir dos tipos, según los proyectos de vida que tienen y la significación que dan a los estudios que están realizando. Un primer tipo lo constituyen las jóvenes que han optado inequívocamente por convertirse en profesionales. Cursan distintas carreras con buen rendimiento o están en el momento actual buscando su primer empleo. Todo parece indicar que intentan/esperan ejercer sus carreras.

Otra opción femenina la representa el caso de las jóvenes que tienen un compromiso parcial y poco intenso con el aprendizaje, que no se plantean un posible futuro profesional, pero tampoco se identifican con el modelo de vida de sus madres, que implica, como veremos después, múltiples actividades y responsabilidades. Ellas centran su vida en el recreo y la diversión, en definitiva, en la *ociosidad*, y los estudios no suponen sino principalmente una fuente de esparcimiento, de nuevas relaciones, una forma de aumentar el espacio vital y, en general, una justificación ante sus padres de que están haciendo «algo».

---

Las escasas muchachas que no estudian —el 20 % restante— mantienen una forma de vida más tradicional: labores, ayudas a la madre e incluso alguna manifiesta un interés notable por la agricultura. En general, sus relaciones de noviazgo con jóvenes herederos parecen indicar que su futuro está inscrito sin problemas en este medio rural.

Un primer síntoma del cambio de mentalidad de estas jóvenes rurales se pone de manifiesto en su particular religiosidad. Para las jóvenes actuales existe una desvinculación total entre cualquier tipo de experiencia religiosa y no sólo el ocio, sino, en general, cualquier tipo de experiencia emotiva. La religiosidad que estas jóvenes han heredado de sus madres se caracteriza por la pertenencia a cofradías y grupos religiosos y por la devoción hacia la Virgen María. En definitiva, una religión básicamente litúrgica y activa, con un fundamento emocional en la figura de la Virgen. La actitud de las jóvenes, sin embargo, es de manifiesta indiferencia y apatía hacia las asociaciones religiosas y sus liturgias. Mantienen las prácticas religiosas fundamentales —asistencia a misa, obligaciones que adquieren como cofrades— antes de nada por seguir la tradición, y no pueden evitar disociar cualquier experiencia emotiva de un hecho religioso (17). No es extraña, en esta situación, la pérdida de la devoción a la Virgen, la decadencia de la asociación religiosa de las jóvenes solteras por excelencia —Asociación de Hijas de María— y la escasa valoración que de dicha asociación tienen las muchachas.

Ya dije antes que el grupo de estudiantes de las nuevas generaciones había desarrollado un nuevo estilo de vida. La «comunidad» ha tenido la suficiente tolerancia como para permitírselo. Pero veamos exactamente el qué. Desde hace algunos años las jóvenes han roto con las rígidas costumbres que confinaban a la casa su tiempo de ocio y, aún más, han *irrumplido* en las áreas de diversión que hasta entonces eran *privilegio* exclusivo de los varones.

---

(17) Para ellas la «verdadera religión» es la asistencia frecuente a actos religiosos. Las «convivencias» u otro tipo de experiencias de cursillos cristianos se consideran como «cosas de moral».

No hay ya ningún impedimento a que las chicas «circulen» libremente por la calle, y el *bar* se ha convertido en el lugar preferido para ocupar el ocio cotidiano, desplazando a las meriendas y reuniones en las casas y a las excursiones a lugares cercanos que eran entretenimientos habituales hasta hace pocos años. Junto con ello, han ampliado sus posibilidades de diversión, participando de forma nueva en las fiestas que la comunidad celebra, formando «peñas» en la fiesta patronal y autoerigiéndose en co-protagonistas en la fiesta anual que celebran los muchachos que próximamente cumplirán el servicio militar (18). Incluso durante algún tiempo se llegaron a crear pandillas de chicas y chicos y peñas mixtas organizadas por estas pandillas. Pero esos grupos que rompían con el principio tradicional de separación de los sexos en los grupos de amistad, sólo fueron experiencias temporales, que terminaron por desaparecer (19).

Hoy en día se da una situación curiosa. Los grupos de amistad son exclusivamente masculinos o femeninos. Las muchachas entran en el bar, pero no se «mezclan» con los chicos. Se sientan por separado y casi siempre en el mismo lugar. Las peñas se organizan de nuevo separadamente, por chicos o chicas. En definitiva, se mantiene el estado de cosas tradicional que circunscribía y reducía el encuentro hombre-mujer al episodio dominical del baile. En la actualidad el baile se desarrolla en las discotecas que se encuentran en los centros comarcales y a las cuales los jóvenes acuden normalmente sábados y domingos, dejando el pueblo completamente vacío. Que el centro de diversión se haya desplazado del salón de

---

(18) Este último es una especie de ritual de transición que ellas llaman «la fiesta de los quintos». Cada año los jóvenes que cumplen 20 años organizan una fiesta que consiste en un ejercicio de habilidad tras el cual celebran una cena y baile. El papel tradicional de las chicas es acudir al baile como invitadas. Ahora ellas han comenzado por auto-incluirse en la celebración y se consideran —se llaman a sí mismas— «quintas». Participan en la cena y están proyectando llegar incluso a efectuar la prueba de habilidad.

Otra prueba menor, pero también significativa, de estas nuevas costumbres, la constituye la posibilidad que las chicas —y las mujeres en general— tienen de «apuntarse» a la cofradía del patrono, antes reservada exclusivamente a los hombres.

(19) Las pandillas estaban formadas por chicos y chicas de similar condición social —hijos de medianos o grandes labradores—, estudiantes o no estudiantes, y se crearon a principios de los años 70.



baile comunitario a la discoteca comarcal supone para las chicas, en primer lugar, un aumento de sus posibilidades de tiempo libre al dificultar el control de sus padres sobre los horarios de llegada a casa. En general, también disminuye el control que la comunidad puede tener sobre sus comportamientos. Y esto podría hacer pensar en un aumento y liberalización de las relaciones. Pero nada más lejos de la realidad.

Del total de 121 jóvenes entre 15 y 30 años de edad, tienen relaciones de «noviazgo» sólo 15 de ellos, es decir un 12 % en total —7 muchachos y 8 chicas— (20). Tampoco ha habido una liberalización de las relaciones, pues, salvo entre las parejas establecidas, los bailes en la discoteca son muy esporádicos y la mayor parte de los allí reunidos pasa la tarde en la barra (21).

Detrás de este «colapso» de las relaciones hay un proceso de cambio cultural que afecta de forma distinta a hombres y mujeres. Las muchachas estudiantes manifiestan un claro rechazo hacia el agricultor, lo desprecian y rehuyen de cualquier relación con uno de ellos, sea cual sea la situación económica de su futura explotación. Es evidente que muchas de estas chicas —aquellas decididas profesionales de las que hablé antes— no pueden plantearse siquiera una relación de este tipo porque sus vidas están enfocadas ya fuera del medio rural. Pero en el caso de aquellas otras que no tienen ningún proyecto profesional, las razones del rechazo no son sólo, o fundamentalmente, la actividad agrícola o ganadera o el estilo de vida del medio rural, pues todas manifiestan su apego a las ventajas del campo —la tranquilidad, salubridad, etc.—. Parece que el rechazo se orienta hacia rasgos típicos de la persona-

(20) Del total de 15 noviazgos, nueve se han formado con un muchacho/a forastero/a. Si incluimos a los mayores de 30 años, la tasa aumentaría, así como las posibilidades de que la soltería sea definitiva.

(21) Bajo el barullo y confusión aparente que las riadas de individuos en movimiento y las pocas luces logran crear, el espectáculo que se ofrece en la discoteca no es precisamente el que podría esperarse. Grupos de muchachos permanecen impasibles en la barra o desfilan, frente a las muchachas, con algo que tiene trazas de grotesco, pidiendo un baile sin éxito. El mismo espectáculo, agudizado en algunos de sus aspectos, se repitió con ocasión de las fiestas de la comunidad. Hay que tener en cuenta que fuera de estos centros de reunión, la relación es nula.

---

lidad de estos agricultores. «¡Sólo saben hablar de la alfalfa!», ironizan para describirles.

En mi opinión, la experiencia que estas jóvenes han tenido como estudiantes —el contacto con otro tipo de hombres, en un marco de relación de camaradería como es el instituto mixto del centro comarcal—, unido a la receptividad a las nuevas concepciones sobre las relaciones de pareja que los medios de comunicación, especialmente la TV, difunden, han transformado sus actitudes y valores tradicionales. Es posible que se hayan formado un nuevo ideal romántico de hombre afable y cariñoso, dispuesto a compartir y valorar las experiencias y sentimientos femeninos, quizá también una nueva concepción de las relaciones donde se comparten las responsabilidades y donde se reconozca y se valore la práctica igualdad de los dos cónyuges. El joven rural, con sus modales ásperos y rudos, su tendencia a infravalorar y despreciar, al menos públicamente, lo femenino, y su inclinación a exonerar responsabilidades en la mujer, excepto en lo exclusivamente concerniente a su trabajo agrícola, representa justamente lo contrario de lo que ellas desean. El caso de las jóvenes de condición obrera es distinto; su actitud es más la de buscar un mejor nivel de vida, una mejor situación social. Por eso muchas emigran o buscan pareja entre jóvenes con trabajos agrícolas, no tanto por rechazo al medio rural o al agricultor, sino más bien porque en él les sería difícil hacer una buena boda.

El panorama de los jóvenes agricultores se presenta muy problemático, pues su abanico de posibilidades matrimoniales se ha reducido considerablemente. No pueden aspirar a las muchachas de su condición social, pues la mayoría son estudiantes y los rechazarían. Por otra parte, no se plantean una relación con una joven de condición obrera por prejuicios sociales. Con ello se cierran una puerta más, ya que estaría por ver si estas jóvenes rechazarían proposiciones de tal origen. La situación de los jóvenes pastores y obreros agrícolas, por último, no es tampoco halagüeña, porque, claro está, hay muy pocas mujeres que estén dispuestas a aceptarlos como pareja. Por otra parte, no se observa en ellos ningún indicio de

---

reacción a las nuevas exigencias femeninas o de adaptación a las nuevas formas de relación —los bailes modernos de las discotecas—. Los muchachos no parecen dispuestos a cambiar sus pautas tradicionales de comportamiento o, al menos, no saben cómo hacerlo, y su actitud general ante las chicas es de inhibición. Siguen manteniendo la separación espacial y la distancia afectiva en el ocio cotidiano —en el bar, por ejemplo— y se muestran pasivos e indiferentes en las escasas ocasiones de encuentros como en la discoteca, en la que ni siquiera bailan o invitan a bailar a las chicas. Por un principio de lealtad masculina, o por la influencia del *status* colectivo mayoritario o quizá por las dos cosas a la vez, la minoría de jóvenes varones estudiantes se comportan de forma similar a los jóvenes herederos, haciendo aún más ostensible el clima de distanciamiento e incompreensión en el colectivo juvenil.

### 3. TESIS SOBRE LA ASIMETRIA SEXUAL EN EL CAMBIO CULTURAL RURAL

Si hacemos abstracción de los detalles particulares del «drama» que acabamos de describir, lo que encontramos es una de las caras del proceso de transformación radical que el agro español ha experimentado desde los años 60 y alguna de sus repercusiones para la mujer en un medio de rentas elevadas y alta valoración de la cultura general. Simplificando se puede decir que la mayoría de las jóvenes féminas del pasado tenían una vida fuertemente orientada al trabajo como ayuda familiar y a la preparación para su matrimonio con un joven heredero o al menos trabajador agrícola. Severamente limitadas en esparcimiento por normas sociales y morales, lo propiamente femenino fuera de sus labores se circunscribía a las actividades religiosas. Hoy, en cambio, la vida de estas jóvenes gira alrededor de la educación básica y superior, lo cual obliga/permite a muchas de ellas vivir la mayor parte del año en una ciudad fuera no sólo del medio rural, sino también de la institución familiar. En general, todas actúan y se orientan a partir de un horizonte vital más amplio: las modas y modos

del centro comarcal o de la ciudad. Su estilo de vida guarda un parecido mucho mayor al de las jóvenes de ciudad que al de sus propias madres.

En contraste, la vida del joven varón no ha sufrido tan grandes cambios. Las nuevas técnicas y mejoras introducidas en la explotación han cambiado el tipo de trabajo que realiza como ayuda familiar y es posible incluso que sus relaciones con el padre estén variando lentamente. Sin embargo, su estilo de vida y actitudes no han variado un ápice, sus posibilidades de emigración son muy escasas y no son muchos los que se muestran dispuestos a realizar estudios superiores y convertirse en profesionales (22).

La mujer aparece, pues, en una situación en la que es capaz de superar, trascender o transformar los *patterns* socio-culturales tradicionales de su medio, mientras el hombre parece relativamente anclado en los límites económicos, laborales y culturales de la situación tradicional de ayuda familiar. En mi opinión, hay dos posibles hipótesis para comprender estas diferencias entre los jóvenes de distinto sexo. Son dos hipótesis que se refuerzan mutuamente en cuanto se refieren a hechos que coactúan en una misma dirección: la de «empujar» a la mujer a experiencias fuera del marco rural.

Una primera conclusión es que las desiguales exigencias que en la cultura rural se hacen a hombres y mujeres, en virtud de su papel o función social, han tenido como consecuencia primaria el desarrollo de dos personalidades distintas, más dinámica y creativa la de la mujer, más rígida e inflexible la del hombre.

Tradicionalmente, el hombre ha estado olvidado a trabajar en el campo, algo que puede ser duro y agotador —hoy ya

---

(22) Esto no significa que los muchachos estén satisfechos con su situación de ayuda familiar y con su futuro en la actividad agrícola. Muchos de ellos estarían dispuestos a abandonar la agricultura si tuvieran un trabajo alternativo. La misma conclusión se desprende del estudio de J. J. González citado anteriormente: un 57 % de los jóvenes entrevistados estaría dispuesto a dejar la actividad agrícola de presentarse la ocasión. Sin embargo, habría que matizar bajo qué condiciones estarían dispuestos a marcharse y qué características exigen los jóvenes a un trabajo alternativo, para valorar en su justa medida el grado de insatisfacción y/o el grado de riesgo que son capaces de asumir.

---

no lo es tanto como ayer—, pero que tiene unos límites más o menos claros. A la mujer, en virtud de su variedad de obligaciones y responsabilidades se le ha exigido una actividad continua. Los roles femeninos exigen disciplina y «sacrificio» de su propia comodidad o apetencias, en beneficio de los «otros». Así mientras el hombre al terminar el trabajo puede marchar a descansar o a entretener su ocio, la mujer debe seguir con sus labores o permanecer alerta para disponerse a una nueva tarea. Estas diferencias han sido agudizadas por la actitud de hombres y mujeres: ellas considerándose siempre obligadas a estar dispuestas a cualquier hora o lugar; ellos exigiendo el derecho de ser servidos o atendidos en todo momento y desvalorizando la actividad femenina, lo cual, a su vez sirve de mayor acicate y estímulo para ellas. La versatilidad de los trabajos, la variedad de responsabilidades y de áreas de interés femenino —entre las que se han encontrado tradicionalmente la lectura en mucha mayor proporción que entre los varones— ha contribuido a crear personalidades más abiertas, adaptables a cualquier tipo de nueva tarea, más autoexigentes y ambiciosas consigo mismas. Ello contrasta con los tipos masculinos, mucho más rígidos, con obligaciones concretas y limitadas —hasta hace poco, un trabajo predominantemente físico— y con tendencia a exonerar responsabilidades, en lo que no fuera el cumplimiento de su trabajo, como una forma más de privilegio. En general, las diferentes exigencias sociales han debido contribuir poderosamente al desarrollo de dos tipos humanos con características psicosomáticas y de personalidad diferentes. Las mujeres son sujetos *sanguíneos* de constitución fuerte y sumamente ágiles. Tienen una gran capacidad de palabra y una actividad extraordinaria. Un gran nivel de autosuficiencia las puede convertir en personalidades ambiciosas, voluntariosas y decididas. En cualquier caso, son personalidades fuertes con capacidad para mandar y convencer. El tipo masculino por excelencia es el *flemático*. Los hombres suelen tener una constitución atlética que contrasta, sin embargo, con la inelasticidad de sus movimientos, con la lentitud y poquedad de sus expresiones corporales y de sus modales. Firmes convicciones, un gran sentido del deber y

un nivel de autosuficiencia menor que las mujeres, lo que les hace menos ambiciosos y más «realistas», serían algunas de las características de su personalidad. No presentan un carácter autoritario, simplemente cumplen sus obligaciones y exigen a los demás que cumplan las suyas (23).

A las mujeres de la generación hoy adulta estos rasgos personales les han servido para adaptar *exitosamente* sus antiguos hábitos y convicciones a las nuevas necesidades económicas de la explotación, sustituyendo los hábitos de autoabastecimiento por el ahorro y las tradicionales y esporádicas ayudas por una labor constante en la gestión y en la contabilidad de la empresa familiar. Su papel ha sido decisivo en los proyectos de modernización y ampliación de las haciendas, precisamente gracias a su mayor dosis de ambición y audacia.

El mayor nivel de autoexigencia y «sacrificio», y la mayor receptividad y disposición hacia experiencias nuevas ha debido influir, desde luego, en la gran afluencia de muchachas en los niveles secundarios y superiores escolares (24). Sin embargo, cabe preguntarse por qué la mayor parte de las chicas no siguen el modelo de sus madres —un nuevo papel y un nuevo lugar en la explotación familiar—, sino que se orientan hacia actividades o ideales masculinos que las alejan de toda posible integración en el medio rural.

La razón, a mi juicio, y ésta es, precisamente, mi segunda tesis, es que *la mujer es el sujeto social en el que mejor se manifiesta la actitud ambivalente de los agricultores hacia su propio trabajo y hacia su propia sociedad*. Si atendemos a los últimos estudios sobre agricultores modernos y dinámicos, como son los de la zona estudiada (25), se observa cómo esta

---

(23) La actitud de estos hombres parece ilustrar el pensamiento de M. Mead, que dice: «Los hombres gobiernan, en parte por la autoridad que les confieren los títulos, pero sus esposas y hermanas gobiernan por la naturaleza de personalidad y conocimiento de la naturaleza humana». M. Mead, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, p. 206. N. York, 1928.

(24) «Las mujeres somos más constantes —se explicaba una joven estudiante universitaria—, pero los chicos empiezan: no me gusta estudiar, no me gusta... y en casa les dejan».

(25) Me refiero a «Los Nuevos Agricultores», de Víctor Pérez Díaz. *Papeles de Economía*, n.º 16, 1983.

---

fracción del campesinado ha optado por la modernización de la actividad agrícola, su adaptación a las nuevas demandas y a los nuevos costes y, al mismo tiempo, por la revalorización de la actividad agrícola y la equiparación del agricultor a los demás ciudadanos españoles. Sin embargo, *parece como si una parte de estos agricultores, al mismo tiempo que desarrolla una estrategia de integración y mejora de su sociedad, quisiera expulsar o alejar a una parte de su población, convencidos de que cualquier otro medio y actividad no agrícola va a proporcionarles un mejor nivel de vida y una existencia de más calidad.* Esta parte de la población, el colectivo por excelencia al que se dirigen estas disposiciones son las mujeres.

Junto con la mayor disposición de tipo subjetivo, la segunda razón por la cual las chicas siguen estudios secundarios y superiores en mucha mayor proporción que los chicos es precisamente la semiconsiente o semiexplícita intención de las familias de elevar su situación social, bien por la vía de un *status* profesional y/o por la vía de un *matrimonio*. *Elevar su situación social no es otra cosa que hacer posible su ubicación, en el seno de esta sociedad que los agricultores siguen viendo como mejor remunerada y mejor tratada desde los poderes públicos: la ciudad.*

En muchos casos, las familias tienen el mismo tipo de estrategia respecto a los varones y esto da idea también del difícil tema de la reproducción de la explotación familiar, pero éste es un tema que no podemos tratar aquí. Basta con decir simplemente que, a pesar de las dudas y ambivalencias, el varón es por excelencia el futuro heredero y responsable del patrimonio familiar, lo cual cambia necesariamente las cosas. Así pues, la menor disposición del varón junto con las mayores exigencias productivas que se le hacen —pues aunque no sea el heredero, puede y debe trabajar como ayuda familiar o en algún otro oficio— influyen en que su incorporación y perseverancia en el estudio sean mucho menores. En el caso de las jóvenes, la ausencia prácticamente total de probabilidades de trabajo en el medio, junto con la decadencia de las tradicionales ocupaciones femeninas —costura, ayudas do-

---

mésticas, ayuda en la labranza— es otro factor que refuerza el trabajo escolar como única área de actividad posible para la muchacha, a la que, por tanto, se tolera incluso rendimientos muy bajos. En definitiva, la personalidad más abierta y auto-exigente de las jóvenes junto con las estrategias familiares las ha impulsado a una experiencia escolar y universitaria que si no las ha alejado definitivamente del medio rural, sí ha cambiado su mentalidad y expectativas matrimoniales.

En última instancia esta actitud ambivalente de las familias está perjudicando de forma clara al varón y futuro heredero, que ve considerablemente reducidas sus posibilidades matrimoniales y ya no puede aspirar a las chicas que por su posición social les corresponderían. El cambio de mentalidad y comportamiento femenino junto con el nuevo *status* que les confiere su nivel universitario ha puesto en tela de juicio la tradicional identidad cultural del joven rural. Primero, porque las chicas no parecen reconocer los privilegios masculinos que sus madres reconocieron siempre; segundo, porque esta situación le fuerza a un cambio de mentalidad y actitud si quiere intentar ganarse de nuevo el interés de la chica. Este cambio significa un esfuerzo de adaptación pública a la mujer, «inconcebible» en su esquema de valores —es la mujer la que debe adaptarse a él— y para el cual su rígida personalidad no le dota especialmente. Es cierto, como dice Bourdieu (26), que en cierto modo la sociedad rural —aunque él hable de las normas tradicionales y no de las estrategias de los actores sociales— está actuando en contra de su propia supervivencia, pero esto no significa que el futuro de esta sociedad esté cerrado ya o decidido. Dependerá de muchos factores: de los resultados y vicisitudes de la estrategia de modernización y revalorización de la actividad agrícola, de las líneas de actuación de todas estas jóvenes mujeres, entre otros, y, desde luego, de la capacidad de los jóvenes herederos de hacer atractivo el papel de joven agricultor y de redefinir las reglas del juego en su relación con la mujer, la evolución que finalmente tome este colectivo humano.

---

(26) «Celibat et Condition...», *op. cit.*



#### 4. A MODO DE EPILOGO

Independientemente de cuál sea la evolución que tenga este proceso que, evidentemente, hemos visto, depende de muchos factores y de cuáles sean las «soluciones» que se pongan en juego, parece haber una necesidad que es sentida y vista por las mujeres más lúcidas de la comunidad estudiada: puestos de trabajo femeninos. En un contexto en el que los valores e ideales sociales sobre la mujer están unidos a la idea de actividad y laboriosidad; en un colectivo en el que la mujer ha «trabajado» tradicionalmente no sólo en asuntos domésticos, sino también en trabajos remunerados de diversa índole —servicio doméstico, costura, trabajos agrícolas—; entre unas mujeres que valoran sobremanera la posibilidad de unos ingresos propios, que les doten de una cierta independencia económica para «sus caprichos» como ellas dicen, es lógico que se demanden puestos de trabajo remunerados, acordes con los nuevos tiempos y posibilidades. No es una demanda sencilla de concretar. En primer lugar, porque el tipo de trabajo que puede satisfacer o parecer adecuado para las muchachas de condición obrera no será adecuado probablemente para aquéllas de familia labradora que no van a seguir estudios superiores. En cualquier caso no es una solución para el complejo problema de inadaptación femenina/soltería masculina que se ha planteado antes, pero al menos ofrecerá una vía de integración y desarrollo personal a numerosas jóvenes que hoy se encuentran «fuera de su lugar» a la espera de un afortunado matrimonio con un joven no agricultor.

#### RESUMEN

*El artículo plantea las estrategias frente al futuro de las jóvenes rurales de origen agrícola en una comunidad rural moderna y relativamente próspera, como es la castellana. La mayoría de ellas tiene un dilema: salir fuera del medio mediante la adquisición de una profesión o mediante la emigración, o quedarse en la comunidad. En el primer caso mayoritario, lo único que la sociedad rural puede recibir de estas jóvenes es su aportación como profesionales en instituciones u organizaciones del medio. En el segundo caso, minoritario, las jóvenes tienen un doble problema: la ausencia de oportunidades de trabajo y el rechazo hacia el matrimonio con un agricultor.*

*El rechazo al agricultor se analiza como un rechazo no sólo a una condición social, sino también a un modelo cultural tradicional de relaciones hombre-mujer en el medio agrario. Sólo una escasa minoría de jóvenes parecen dispuestas a asumir el rol de agricultoras.*

*La mayor flexibilidad y dinamismo de la personalidad femenina en el medio rural, es a juicio de la autora, uno de los orígenes del problema del celibato masculino y del difícil lugar de la mujer en la sociedad rural moderna.*

#### RÉSUMÉ

*L'article analyse les stratégies devant le futur des jeunes filles rurales d'origine agricole dans une communauté rurale modernisée et relativement prospère comme la castillaine. La plupart d'entre elles sont devant une alternative: aller hors du milieu rural par l'obtention d'une profession ou par l'émigration, ou bien rester dans la communauté. Dans le premier cas qui est majoritaire, c'est que la société rurale peut recevoir de ces femmes, et leur apport comme professionnelles dans les institutions ou organisations du milieu. Dans le second cas, qui est minoritaire, les jeunes filles ont un double problème: l'absence d'opportunités de travail et le refus du mariage avec des agriculteurs.*

*Ce refus envers l'agriculteur est analysé comme un refus pas seulement à une condition sociale mais au modèle culturel traditionnel des relations hommes-femmes dans le milieu agricole. Seulement une rare minorité des jeunes filles semblent prêtes à assumer le rôle de femme d'agriculteur. La majeure flexibilité et dynamisme de la personnalité féminine dans le milieu rural est, suivant l'auteur, un des origines du problème du célibat masculin et difficile rôle de la femme dans la société rurale moderne.*

#### SUMMARY

*The article poses the future strategies of rural young women in a modern rural community that is relatively prosperous, such as Castilla's. Most of them have a dilemma: they leave the rural background by acquiring a vocation or by emigration, or stay in the community. In the first and majority case, the only thing the rural society can receive from these youths is their contribution as professionals in rural institutions or organizations. In the second case, applying to a minority, the youths' problem is twofold: lack of job opportunities and rejection of the ideal of marriage with a farmer.*

*The latter is analysed not only as the rejection of a social condition, but also of a traditional cultural model of a man-woman relationship in the rural area. Only a small minority of youths appear to be willing to assume the role of farmers.*

*The female's greater flexibility and activity in the rural area, is in the author's opinion, one of the causes of male celibacy and women's difficult place in modern rural society.*